

## EL CUERPO COMO EXPRESION DEL ALMA

La relación entre el cuerpo y el alma debe ser señalada como una conexión de totalidad. No existe, pues, un simple paralelismo ni, tampoco, una acción recíproca entre lo psíquico y un mecanismo corporal más o menos complejo, sino una conexión más honda y de más rico sentido. En aquellas teorías, la originaria dualidad metafísica de lo físico y lo psíquico persiste. Entre un acaecer y otro establécese un puente por el cual se intenta salvar la honda fisura de antemano abierta entre lo corporal y lo anímico. Esto es lo que a fin de cuentas significan las teorías del paralelismo y del influjo mutuo que tratan de explicar de algún modo la relación efectiva de lo psíquico y lo físico en todo ser vivo. La conexión a que aludimos expresa mucho más. La dualidad originaria desaparece y de su conjunción temporal originase un todo unitario, una unidad totalitariamente configurada: el ser viviente. En él, lo físico, como tal, conserva sus propiedades específicas y se halla sujeto a las leyes comunes a la naturaleza en general. Pero adquiere al mismo tiempo un nuevo contenido y, en cuanto manifestación exterior y material de la vida misma, muéstrase sujeta a las leyes propias de la vida irreducibles a las leyes de la naturaleza puramente física.

El alma *modela*, podríamos decir, o mejor, *informa* un conjunto material haciendo de éste un cuerpo. El cuerpo es

algo más que un simple complejo de elementos físicos. Es la expresión viva de la capacidad organizadora o totalizante de lo psíquico. El cuerpo es justamente un cuerpo por obra de lo psíquico y sólo en cuanto sirve a sus fines.

Dicho de otro modo: lo físico unido temporalmente a lo psíquico es, con relación a éste, lo que hace posible la actualización o realización de lo que es en sí potencia, intención pura. A su vez, el ser real de lo psíquico, prescindiendo de las múltiples y variadas funciones que resultan de su progresivo desenvolvimiento y diferenciación en el tiempo, en mutua dependencia con lo corporal, consiste, por de pronto, en esa facultad organizadora que hace de un conjunto material un ser vivo dotado de un estructura singular y un sentido propio.

El cuerpo no es, por tanto, un complejo de materia previamente dada con el cual entra en relación lo psíquico, en cierto momento, para organizarlo. Lo corporal y lo psíquico evolucionan en dependencia mutua y ambos son lo que son, como entidades reales, en cuanto forman una unidad y en tanto se mantienen en ella.

Según esto, los procesos físicos que transcurren en un cuerpo no son simplemente físicos, sino que se hallan sometidos a una conexión de totalidad: son fisiológicos y, en cuanto tales, hállanse unidos en una comunidad de destino con los procesos psíquicos.

La vida se constituye en la unidad de ambos procesos y desaparece cuando esta unidad es desintegrada. Fácilmente se comprende, entonces, que en la concreta realidad de un ser viviente lo fisiológico y lo psíquico son sólo dos aspectos de una y la misma vida. La vida psico-física es *una*. Esta unidad de las funciones físicas y psíquicas es — como ha observado ya Scheler — “un hecho absolutamente válido para todos los seres vivos; por tanto, también para el hombre”.

Desde este fondo de unidad se percibe el valor expresivo de lo corporal. Porque si en todo ser vivo el alma es el principio y fundamento de su ser, lo que da un sentido propio a

toda esa esfera de lo real que llamamos mundo de los seres vivientes, el cuerpo es no sólo lo que hace posible la realización de ese sentido sino también lo que permite al alma entrar en el campo de nuestra experiencia; en forma de algo cuyo modo de ser *vivimos* o *experimentamos* en inmediata intuición, no por medio del cuerpo pero sí a través del cuerpo o en el cuerpo mismo. Cuerpo es aquí, en toda su extensión y en su infinita variedad de formas y movimientos, punto de incidencia y no término de una relación que señale la existencia de un alma como su causa.

Porque lo psíquico en sí mismo sería algo inaprehensible, una pura intimidad. Posee, en efecto, una forma de realidad peculiar estrechamente condicionada a la existencia de un cuerpo en el que aquella pura intimidad se transparenta hasta hacérsenos visible. La diferencia entre una simple cosa: una piedra, por ejemplo, y lo animado, es patente. En un cuerpo orgánico está siempre presente esa realidad interior, esa pura intimidad del alma. Gestos, figura, forma, color, todo alude a ella. Es algo así como el lenguaje del alma.

Desde este punto de vista, la relación entre lo corporal y lo anímico podría ser señalada como la relación que existe entre un *sentido* y su *apariencia*. El alma es el sentido de todo lo viviente; el cuerpo es la apariencia de ese sentido. Alma es el sentido de la apariencia corporal y el cuerpo es la apariencia del alma. Todo lo que tiene un ser íntimo aparece y todo lo que aparece tiene un ser íntimo. Tal es la realidad última de todo lo viviente. Sólo lo que vive tiene un ser íntimo y, como tal también un ser para los demás.

Y ahora se nos plantea la siguiente cuestión: ¿tiene todo movimiento corporal realmente un valor expresivo y, de tal modo, una intención comunicativa más o menos profunda?

#### EXPRESIÓN Y SIGNIFICACIÓN

Por de pronto, no existe duda alguna cuando se trata de acciones voluntarias y conscientes, es decir, intencionalmen-

te orientadas hacia algo. Este algo es el comunicar un pensamiento, una emoción, un deseo, sea por medio de palabras o por medio de signos. Lo que en tales casos *expresa* no es precisamente la palabra o el signo, sino la *significación* implícita en ellos. Este es, como se sabe, el sentido que Husserl acuerda al concepto de expresión en sus "Investigaciones Lógicas". (Investigación Primera).

Según Husserl hay que distinguir los términos *expresión* y *signo* utilizados comunmente como sinónimos. Todo signo — dice — es signo de algo; pero no todo signo posee una significación, es decir, un "sentido" que esté "expresado" por el signo. Designar no es lo mismo que "significar". El significar *expresa* algo; en cambio los signos, en el sentido de *indicaciones* (señales, notas, distintivos) *no expresan nada*; a no ser que junto a su función indicativa cumplan también una función significativa. Pero ésta no va implícita en el concepto de signo.

De este modo Husserl da al término expresión un sentido muy limitado que excluye muchas cosas que en el habla normal son designadas como expresiones. Su esfera de validez queda limitada al discurso o parte de discurso, así como a todo signo que sea de la misma especie.

Lo esencial es que estas expresiones vayan unidas en unidad fenoménica con las vivencias exteriorizadas en la conciencia del que las exterioriza. Debe haber, por consiguiente, la intención, por parte del sujeto, de "presentar unos pensamientos en modo expresivo, ya a otros ya a sí mismo". En suma, trátase de expresiones significativas, es decir, signos dotados de sentido o significación.

Nótese, sin embargo, que el signo — en el sentido de señal — no es un momento esencial ni va implícito en el concepto de expresión. Lo que la expresión cumple es una función significativa y aunque por lo común va unida a una señal (en el discurso: la palabra) puede presentarse separada: en la *vida solitaria del alma* donde ya no funciona como señal.

Lo esencial en la expresión es la significación encerrada

en ella. Esto es — según Husserl — lo que la distingue de todos los signos. Las expresiones verbales (o los signos escritos) en cuanto *señales* de las vivencias psíquicas que dan *sentido* a las expresiones cumplen una función *notificativa*. El contenido de la notificación son las vivencias psíquicas notificadas. Pero hay que distinguir rigurosamente en la expresión la función significativa que va implícita en ella y la función notificativa que le puede faltar y sólo cumple cuando obra a modo de señal, es decir, en la palabra hablada. Significación es, estrictamente, el *sentido ideal* de la expresión; no, por tanto, el acto de la notificación ni, tampoco, la objetividad expresada.

Con un ejemplo tomado del mismo Husserl podemos aclararnos esta relación ideal entre expresión y significación: “*las tres alturas de un triángulo se cortan en un punto*”. En este ejemplo hay que distinguir el enunciado propiamente dicho, o sea, el que las tres alturas de un triángulo se cortan en un punto, que vale en sí independientemente de cualquier circunstancia y tiempo en que se haga el enunciado, de la notificación por la cual yo u otro cualquiera juzgo acerca de lo que aquella expresión enuncia. La diferencia se hace visible teniendo en cuenta que podemos afirmar o negar la validez del enunciado, pero el enunciado en sí mismo, la situación objetiva es lo que es, tiene validez en sí. El notificar supone un juzgar y este es un acto un hecho psicológico. Lo que el enunciado enuncia, en cambio, no es nada subjetivo. Cuantas veces exteriorizamos ese enunciado se dará un juicio, un acto de juzgar distinto. Pero el enunciado, es decir, lo que en cada acto de juzgar se juzga es siempre el mismo.

Ahora bien: aunque es posible separar entre sí el hecho psicológico, la situación objetiva y el objeto al cual se refiere la situación objetiva, teniendo en cuenta lo que se entiende por significación debemos referirla a un sujeto, yo, conciencia, o como se la quiera llamar, que *presta sentido* o a un sujeto, yo, etc. que capta el sentido. La significación es en sí independiente del hecho psicológico, vale en sí por cuanto

su valer consiste en su contenido enunciativo. Pero no es en absoluto independiente de un sujeto, o mejor, de una conciencia en general. Fácilmente se comprende que toda significación significa algo... para alguien. Este alguien es quien *actualiza* el contenido significativo. Lo mismo acontece en todas las esferas del valor. De un valor podemos afirmar su independencia, pero su valer vale sólo en tanto es actualizado, realizado históricamente por un sujeto o por una comunidad de ellos.

Lo que con esto se quiere decir es que la significación, como todo valor, adquiere actualidad, realidad, vigencia en virtud de un sujeto, sin que esto afecte el valer en sí del contenido significativo. De este modo, toda expresión — en el sentido de Husserl — hace referencia a una conciencia intencionalmente dirigida a... Es decir, toda expresión en cuanto es actualizada nos pone en relación a una conciencia que realiza actos de prestar sentido.

Si las expresiones son — como quiere Husserl — siempre expresiones significativas, entonces todas las expresiones que juegan un rol en la vida en común muéstranse como manifestaciones externas, corporales o no, de hechos de conciencia que intentamos transmitir a otro. En cada acto de conciencia actualizamos el contenido significativo de la expresión. Pero en cuanto la actualizamos hay en ella un propósito comunicativo voluntario y consciente, mediato o inmediato. Tomando como ejemplo el discurso esta comunicación se hace posible porque al escuchar comprendemos la intención del que habla “ y si la comprendemos es porque concebimos al que habla no como una persona que emite meros sonidos, sino como una persona que realiza con voces articuladas actos de prestar sentido; actos que esa persona quiere notificarnos o cuyo sentido quiere comunicarnos”. (Husserl)

No es posible examinar aquí detenidamente la posición de Husserl que en otras circunstancias exigiría un análisis más minucioso. Pero lo dicho basta ya para hacernos visible que se ha forzado injustificadamente el alcance de un concep-

to y de un vocablo que en la terminología filosófica y en el habla común juega un rol menos limitado y estrecho. El habla común toma el concepto de expresión en un sentido mucho más amplio que como lo hace Husserl. Inclúyese en ellas tanto las expresiones significativas como las que carecen de toda significación y, como tales, de toda intención comunicativa voluntaria y consciente. El mismo Husserl advierte que al restringir de tal manera el concepto de expresión hace violencia al idioma, pero lo hace empeñado en fijar terminológicamente conceptos para los cuales sólo disponemos de términos equívocos. Y aun cuando identifica expresión con significación admite, como es natural, “la posibilidad de que otra persona pueda interpretar nuestras manifestaciones involuntarias y saber por ellas algo acerca de nuestros pensamientos y emociones internas. Sin duda, en cuanto interpretamos estas manifestaciones involuntarias significan algo para nosotros y aunque no tienen significación como las expresiones en sentido estricto valen como señales indicativas”. (Husserl)

Sin embargo, a nuestro modo de ver, tal equívoco no existe. El concepto de expresión encierra un contenido mucho más rico que el de significación y ambas corresponden a distintas esferas del ser, si bien preséntanse unidas en innumerables casos.

Significación es un pensamiento, una proposición enunciativa y todo acto de significar es un actualizar, un dar realidad y vigencia histórica a lo que la proposición enuncia. Si por *comprender* entendemos captar el sentido de un acto psíquico o de un complejo de tales en cuanto se hallan éstos referidos al mundo de los valores — y sólo por su referencia a un valor hállase un acto psíquico dotado de sentido — entonces, significar, significación y cuanto con ello se relaciona entra en la esfera del comprender. En cambio la expresión es un fenómeno vital y, en consecuencia, es simplemente *vivida*. La expresión no enuncia, sino anuncia, muestra, señala, dice de algo interior, expresa una intimidad. Expresión

es exterioridad y, como tal, supone una interioridad. Si, como ha sido señalado, la significación hace referencia a una conciencia intencionalmente dirigida a..., centro activo de los fenómenos de expresión es el alma, el yo, es decir, ese centro anímico-vital desde el cual parten y hacia el cual vuelven todos los procesos llamados vivientes.

La relación entre el estado anímico y la expresión es innata, natural a cada especie viviente y sólo perfeccionada o, por decir así, afinada en la experiencia, como acontece en toda la vida instintiva propia de los animales. La relación entre el sentido y la objetividad que expresa materialmente ese sentido y lo hace comprensible a los yos ajenos es adquirida. Sólo en la experiencia *personal*, individual y colectiva, se nos hace visible el valor simbólico de un gesto o de una acción intencionalmente dirigida hacia algo; así como también de todas aquellas formas culturales que constituyen el mundo del espíritu objetivo.

En el cuerpo de otra persona podemos o *comprender* el *sentido* de una acción, de un movimiento, o bien *vivir* en intuición inmediata sus disposiciones y estados anímicos. El cuerpo toma en este último caso un puro valor expresivo; en el otro, expresa también, pero ya no en sí, sino que expresa la significación especial que ponemos en tal o cual movimiento determinado. La expresión aparece cargada de sentido y es en el fondo un lenguaje sin palabras que pone en relación una conciencia con otra. De tal modo, esos movimientos deben ser considerados como formas objetivas de lo espiritual. En cambio las expresiones, tomadas en sí mismas, son formas objetivas de la vitalidad.

La expresión no lleva, pues, implícita una significación ni, en cuanto es ésta actualizada por un sujeto, pertenece a la esfera de los hechos de conciencia o espirituales; menos aún corresponde al mundo de las cosas inanimadas, si bien éstas, de un modo indirecto, denuncian en ocasiones la vida, como acontece cuando un animal barrunta la existencia de otro ser viviente por el olor que despide su cuerpo o las



huellas que ha dejado a su paso. La expresión es vida que es ser (siendo) y aparecer, porque la vida es precisamente aquella esfera de la realidad a cuyo modo de ser es propio un ser para sí y un ser para los demás.

#### EL CUERPO COMO EXPRESIÓN

##### *Relación entre la vida y el espíritu en los fenómenos expresivos*

El cuerpo es, en consecuencia, el *campo expresivo* del alma. Sus modificaciones *hablan* de un acontecer interior que sólo a través de esas modificaciones llegan a ser perceptibles. Toda expresión es siempre expresión de algo, manifestación externa de una intimidad, de una realidad oculta que llega a la superficie, se exterioriza en incalculable variedad de formas, matices y modos.

Para nuestro conocimiento de los seres ajenos lo que *dice* el cuerpo en sí y por sí, sin la intervención de la conciencia capaz de imprimir en sus movimientos una intención determinada, alcanza un valor expresivo extraordinario y, en el fondo, inexplicable para quienes no perciben la identidad funcional de los procesos corporales psíquicos.

El repertorio de los movimiento expresivos es prácticamente inagotable, desde la simple animación del semblante que apenas percibimos hasta las alteraciones corporales más ostensibles. El hombre lo sabe de antiguo y ha aprendido a conocer a través de ellas a sus semejantes, tanto más fácil e íntimamente cuanto más vasto es el panorama de los movimientos expresivos y más aguda y fina la penetración del observador.

Pero un buen psicólogo y quizá con más acierto el hombre común, aprende a conocer a sus semejantes, con sorprendente exactitud a veces, a través de lo que el cuerpo mismo expresa en estado de reposo o quietud aparente. Un observador fino y profundo puede descubrir especialmente la forma de vida, profesión, educación, etc., en las formas materiales del

cuerpo donde suelen encontrarse más o menos *vivas* las huellas de su pasado. La fuerza, salud, elasticidad, torpeza, debilidad, ánimo y desánimo y la posibilidad de los correspondientes modos de actuar, así como también, el trabajo habitual del observado, sus inclinaciones naturales y aun su sensibilidad y finura de espíritu se muestran con frecuencia de modo preciso en la conformación general del cuerpo: hombros caídos o levantados, cabeza gacha o erguida, longitud y ancho de los dedos; en el brillo de los ojos, en el color de su piel, en la frescura o marchitez del semblante y en cualquiera otro detalle que por lo común se nos escapa.

Una antigua sabiduría popular dice: “la cara es el espejo del alma”; hoy preferimos decir que lo es el cuerpo entero, porque sabemos que el cuerpo entero es el correlato fisiológico de lo psíquico y no una determinada parte del mismo.

Sin duda, a veces el cuerpo *dice* muchos más de lo que hubiéramos querido decir. Las expresiones desbordan la intención comunicativa. Nuestros gestos involuntarios nos traicionan y expresan exteriormente estados de ánimo, pensamientos o emociones que quisiéramos ocultar. La inquietud o la desesperación que por cualquier motivo intentamos disimular valiéndonos del discurso o de otra expresión significativa se nos escapa y se hace perceptible en los movimientos del cuerpo, en el estrujamiento de las manos o en esa *facies* característica del hombre desesperado e inquieto. En el tono de la voz descubrimos a veces un sentido que por sí sola la palabra no expresa y en los trazos de la escritura se refleja el carácter de una persona y con más precisión su estado de ánimo en el momento de escribir.

Estos ejemplos señalan claramente la diferencia entre una expresión significativa y la expresión propiamente dicha. En el contenido significativo del discurso y en tanto cumple una función comunicativa se expresa la intención voluntaria y consciente de la persona, su espiritualidad; en el discurso mismo, en el tono y modulaciones de la voz y en toda esa rica

variedad de gestos que matizan y dan un colorido especial a las palabras se expresa la vida del individuo, la intimidad de su alma. En el trato diario solemos dar más importancia a estas expresiones involuntarias que al contenido significativo del discurso. Cuando nos habla una persona de cuya sinceridad no estamos ciertos atisbamos sus menores gestos tratando de descubrir en sus ojos, en el movimiento de sus labios, en la postura del cuerpo, algo que confirme o disipe nuestras sospechas.

Ocasiones hay en que una persona se esfuerza por ocultar sus sentimientos, por engañarnos respecto a su "modo de ser y de pensar". Pero acontece en ello el hecho sobremane-  
ra extraño de que en ese mismo esfuerzo por engañarnos se revela auténticamente la intimidad de su ser. Porque hasta la forma, el modo de realizar ese engaño le es de algún modo tan propio que, paradójicamente, se nos está mostrando al desnudo, como si ese ropaje artificioso con que se viste antes lo descubre que lo cubre. La verdad se nos revela a veces en un gesto insignificante y apenas perceptible. Por eso quien aspira a disimular sus intenciones o, en general, su disposición íntima se esfuerza por mantener un control sobre sus actos, aunque no siempre lo consiga.

La posibilidad de estos hechos reside en la propia estructura óptica y ontológica del ser humano. Porque en el hombre, y por serlo, acontece un juego continuo de mutua implicación entre lo puramente vital o psico-vital y la conciencia, entre las expresiones involuntarias y las expresiones significativas. Y si a veces las expresiones involuntarias descubren la intimidad del hombre, traicionan sus propósitos conscientes y traducen de modo fiel el estado de su ánimo, aun a su pesar, otras, es la conciencia la que imprime un sello especial a las expresiones naturales y las transforma. Por eso todas las expresiones que encierran un contenido significativo, es decir, aquellas en las cuales ponemos una intención determinada son, paradójicamente, menos expresivas que las involuntarias.

El hombre, y sólo el hombre, es capaz de modificar el sentido y el valor de sus expresiones naturales tomando conciencia de ellas y dándoles un sentido que no siempre está de acuerdo con lo que la expresión diría por sí misma. El ser humano disimula sus sentimientos, oculta lo que dentro de sí piensa o quiere y convierte sus expresiones en objetos útiles para un fin o un propósito cualquiera. Conviene insistir sobre esta peculiar situación del hombre frente al mundo y frente a sí mismo, sobre esa posibilidad de *objetivar* el mundo y sus propios estados anímicos y anímicos-espirituales. El hombre *sabe* que piensa, que quiere, que ama, que en sus expresiones *dice algo* y que a través de ellas el observador comprende su intención y percibe lo que en su intimidad acontece en tales momentos. Y, en consecuencia, modifica a su antojo el sentido de sus expresiones, aunque a veces un gesto inespionado, un ligero movimiento apenas perceptible basta para traicionarle.

Por esta razón y por extraño que ello pueda parecernos suele encontrarse el hombre más próximo a cualquier otro ser viviente que a su semejante. Cuanto más simple y elemental es un ser vivo tanto más fácil y de modo más inmediato se nos ofrece en la plenitud de su ser. La planta se da por entera en su forma, en su color, en su perfume. El animal, en su cuerpo, pero a la vez en sus actos y sus costumbres. En cuanto al hombre debemos contar siempre con su voluntad de darse.

Por eso, y en general, las expresiones humanas suelen ser equívocas; es decir, aquellas en las cuales el hombre puede intervenir conscientemente. Nótese lo que acontece con un gesto de tan rico valor expresivo como lo es el *callar*. Es frecuente atribuir a quien calla una rara inteligencia y sabiduría. Suele esto ser verdad porque la experiencia nos ha enseñado que quien habla mucho o gesticula aparatadamente no se distingue por su inteligencia o por la exquisitez de su espíritu. Pero muchas veces el silencio, el callar por sistema disimula una verdadera falta de inteligencia y pobreza de ingenio.

Prueba esto que el callar es, como expresión, equívoca. Expresa en muchos casos una extraordinaria riqueza de vida interior, de serena y honda meditación; pero también esta apariencia suele ser engañosa y, como tal, utilizada con frecuencia para aparentar lo que no se tiene. El callar es a veces un *no querer hablar*, en otras, un *no poder hablar*.

Cuanto más interviene la conciencia en nuestros actos tanto más se multiplican y agudizan las dificultades. Conocemos el hombre *controlado, cerebral* que mantiene un continuo dominio de sí mismo, una actitud vigilante sobre todo lo que pueda reflejar externamente la intimidad de su ser. Adviértase en cambio lo que acontece en aquellas personas a quienes atribuimos una cierta "pobreza de espíritu", un escaso dominio de su voluntad y de la conciencia de sí. Hay en ellos una entrega espontánea, un darse por entero sin control de sus actos. Cuando la conciencia duerme la vida despierta y juega libremente. Pareja observación podría hacerse en los niños, porque en ellos no existe o apenas se manifiesta la conciencia de sí mismo. El tomar conocimiento de sí es un producto relativamente tardío en la evolución del ser humano y no es, ni puede ser, un volverse de la vida sobre sí misma, sino un irrumpir del espíritu en el continuo fluir de los procesos vitales.

Podría señalarse toda una escala de tonos y matices en ese "estar en vigilia" o en esa, casi total a veces, ausencia de control sobre la voluntad y la conciencia de sí. Pero, en el fondo, lo puramente *vida* en el hombre tiene un modo de ser *abierto*, se da siempre por entero. Si ella aparece con extraordinaria frecuencia velada, casi oculta a nuestra observación es porque allí la conciencia, el espíritu ha impreso su sello. La oposición entre el espíritu y el alma en los fenómenos expresivos alcanza en ocasiones una profundidad insospechada.

Por mucho que yerre Klages en su posición valorativa acierta en cambio en destacar el rol perturbador que el espíritu juega frente a la vida. Por su comunidad de origen y

naturaleza todo lo viviente mantiénese en una perfecta comunión y simbiosis. Pero el espíritu subtrae al hombre de esta comunión vital y, al par que le proporciona un conocimiento objetivo de las cosas y de sí mismo, lo arranca de la corriente de la vida — de esa cohesión universal que hace posible a un ser viviente la intuición inmediata del alma de los otros seres vivos — y le permite cubrir su propia alma, en sí abierta a todos los vientos, con el ropaje artificioso de las significaciones y de los propósitos e intenciones voluntarias y conscientes.

La conciencia no es un simple saber de las cosas, sino que es un saber que se sabe, un saber objetivo y, por tanto, un saber de sí mismo y de las cosas a través de sí mismo. En virtud de ello, la conciencia nos arranca de la naturaleza, nos pone frente a ella y nos permite modelar nuestra vida según leyes, principios y fines que le son extraños. (En este poder modelar nuestra vida según instancias supremas que sólo para el hombre valen reside el sentido de la humanización. De aquí el fundamental error de Klages — y de todos los vitalistas modernos — para quien el espíritu conduce al ser humano a una segura destrucción. Porque para Klages el valor supremo es la vida misma).

Pero desde el momento que la conciencia objetiva nuestra propia vida ésta es para nosotros un objeto más de la experiencia posible; y el cuerpo ya no es como para todo ser viviente sólo la manifestación exterior, expresiva del alma. Para el alma, el cuerpo es su “ser para los demás”, su campo de refracción, su *desnudez*; para el espíritu, es un medio de cierta plasticidad tan poco próximo a sí mismo como la arcilla o el marmol que trabaja y a la vez menos dócil a sus intenciones, porque a través de él la vida pugna por salir mostrando al desnudo lo que el espíritu enmascara y oculta a nuestros ojos.

Pero la vida en sí misma es expresividad: en la planta, en el animal, en el hombre. Así nosotros percibimos la cólera, tristeza, alegría, temor, asombro de un animal en los mo-

vimientos y en la postura del cuerpo, en sus gestos o en ciertas expresiones de la cara que a veces sólo un fino observador percibe: como ese brillo particular de los ojos que en el animal o en el hombre corresponde a lo que los psicólogos alemanes llaman “vivencia del ¡ajá!”, del repentino darse cuenta de una relación no visible hasta el momento; así como, también, en la marchitez o en la lozanía y frescura de una flor percibimos su grado de vitalidad. El hombre de campo habituado al trato diario con los animales distingue en ellos un riquísimo y variado repertorio de movimientos expresivos, familiares también para quienes por su profesión viven en frecuente contacto con ellos. Pero mucho más importante sin duda es el valor que estas expresiones toman en la vida de todas las especies. No existe casi especie viviente alguna que no necesite entrar en comercio con otra, sea para convivir amistosamente o para luchar con ella. En esa relación se funda la posibilidad de su conservación y desarrollo; como que el ser del individuo descansa en el ser de la especie y esta a su vez en el ser de la vida toda.

La expresión involuntaria e inconsciente es el medio natural de comunicación entre los seres vivientes y lo que hace posible su vida de relación que en grado mayor o menor es común a todos. Esta función “social” es uno de los aspectos más importantes de los movimientos expresivos como ha señalado Koehler que ha estudiado pacientemente los modos de conducta en los animales, especialmente en los antropoides.

De aquí que en ciertos fenómenos expresivos que carecen de toda significación podemos ver una intención comunicativa y una especie de lenguaje anímico o anímico-corporal. Claro está, no se trata de una intención comunicativa como la que ponemos en nuestros actos, en nuestras palabras, en los signos escritos o en cierta clase de gestos cuyo simbolismo comprendemos. Hay que distinguir entre una intención que nace de la conciencia, cuyos móviles son específicamente humanos, y una intención puramente vital, en el sentido de un simple tender hacia..., respecto al cual nuestra concien-

cia permanece como tangente, del mismo modo que independientemente de la conciencia y de toda intervención del yo personal acontecen en nosotros procesos que nos son comunes con todo lo viviente por su naturaleza y el sentido de su curso.

En suma, toda modificación corporal en la planta, en el animal, en el hombre es expresión de algo interior: consciente o inconsciente, voluntario o no. Y aun las modificaciones apenas perceptibles o en absoluto imperceptibles para nosotros, que sin embargo pueden serlo para otros seres. Donde nosotros nada vemos descubre otro ser viviente un mundo de expresiones de extraordinaria riqueza. El mundo de una especie difiere del mundo de otra especie cualquiera. En general, todo ser vivo percibe en los otros aquello que tiene relación con sus propios impulsos.

El cuerpo y cuanto en él acontece es, pues, el campo expresivo del alma. Incluso allí donde no existen movimientos que se destacan sobre el fondo neutro y en apariencias quieto de lo corporal es el cuerpo mismo en sí y por sí expresión de su intimidad. Porque, en rigor, la idea de un cuerpo como forma quieta, fija, no tiene sentido y es sólo consecuencia que resulta de aquel profundo abismo que entre alma y cuerpo establece el concepto mecanicista de lo orgánico. Un "hiatus" insalvable para toda teoría de la expresión que vea en el cuerpo una realidad física mecánicamente ordenada y cuanto en ella aparece sólo el efecto de la acción que sobre el cuerpo ejerce un alma ligada a él por relaciones causales inexplicables; o bien, un mecanismo corporal que funciona paralelamente a ciertas modificaciones del alma en virtud de una armonía preestablecida o por la intervención directa y constante de la divinidad.

En lo corporal *vemos* el alma, la vida toda. Y si la vemos es porque lo corporal es algo así como la otra cara de lo que ocurre o ha ocurrido en el interior del organismo. Nótese que la forma de un cuerpo es el resultado de movimientos interiores los que a su vez nacen de ese impulso primario de



formación y crecimiento que se halla en el origen de todo ser vivo. Supremo artífice, el alma modela *su* cuerpo y refleja en él todo su sentido íntimo. Lo que hoy percibimos en un cuerpo: forma, tamaño, color, etc., es el resultado de los procesos en los cuales el alma, en su comercio temporal con la materia, desenvuelve todas sus posibilidades. En el cuerpo dejan su *impronta* las distintas fases por las que ha pasado el ser viviente. Y junto al ser que ha sido expresa también lo que en su interior acontece en cualquier momento que lo percibimos. Porque él es el lado exterior de la vida y la vida es continua evolución. No es un proceso acabado, definido en momento alguno, sino algo que se está haciendo; un acaecer de ritmo variado pero que no desaparece hasta que deja de ser vida y se convierte en pura cosa.

RAFAEL VIRASORO

